

Ly Lumbia

REVISTA DE POESIA



Córdoba
Septiembre -
Noviembre
1984

TERCERA EPOCA N.ºs 10 y 11

Zubia

CON POEMAS INEDITOS DE:

LOLA SALINAS
FRANCISCO CARRASCO
MANUEL DE CESAR
CARLOS RIVERA
HELIODORO DIAZ

Y POEMAS DE:

NARZEO ANTINO
ANTONIO CARVAJAL
MANUEL CARRASCO
MIGUEL D'ORS
JAVIER EGEA
ANTONIO ENRIQUE
LUIS GARCIA MONTERO
RAFAEL GUILLEN
JOSE GUTIERREZ
JUAN GUTIERREZ PADIAL
JOSE HEREDIA MAYA
RAFAEL JUAREZ
JOSE LUPIAÑEZ
ELENA MARTIN VIVALDI
TRINA MERCADER
LUIS ROSALES
ALVARO SALVADOR
SEBASTIAN URBANO BAENA
FIDEL VILLAR RIBOT
FERNANDO DE VILLENA

DIBUJO PORTADA:

Ricardo Secilla

CONTRAPORTADA

José Luis Muñoz



Edita ZUBIA
Cinco Caballeros, 12
CORDOBA
Teléfono 26 59 82



ZAGUAN

Ahora que ZUBIA se acerca hasta Granada, donde otras tantas zubbias son lugar exacto, o nombre de lugar, toponimia común, también es tiempo aquí para dejar escrito qué intenciones nos mueven y enajenan, porque memoria se conserve de ello, de algo tan singular como un proyecto poético en 1984, calendas a las que el menos lerdo llamaría sin pensárselo mucho contralíricas.

Años vendrán mejores, sin embargo; o esa esperanza albergan los poetas de aquí y de allí, de suyo tan ilusos siempre los de ayer como los de hoy. Años en que resulte menos árido ser escritor de versos, persona de tal indole irremediable, oráculo de penas y alegría, puente de la hermandad entre los muchos que habita de continuo el largo hastío consustancial en realidad al dólar, de irresistible ascensión, al progreso engañoso, al despilfarro de todo cuanto existe y poseemos como de nadie más.

Años acaso vengan, —sin preciso desastre antecedente—, en que un poema acabe con un duelo, inicie un buen amor, redunde en bien de miles, congregate a los adversos y vuelva a ser un don como en los siglos de oro bien llamados. No es tanto presumir; sólo nos ciega y el milagro postpone esa pasión insana del tener opuesta a la del dar, ese prurito de consagrados sabios que por contra de superiores necios nos confirma.

Vayamos a Granada en este día mientras que el mal recesa poco a poco, recula lentamente hacia su origen: esa ciudad también cuya hermosura pretenden destruir los bienes-males, el confort que desprecie y desfigure su paisaje como una mala alheña, un mal pintado y triste lunar en la mejilla.

Cantan voces por contra y por amor. Vayamos a su canto libre de todo peso prescindible, generoso, poético, arriesgado al desdén; y escuchemos el eco que todavía suena, —como el agua de los cármenes—, de los poetas viejos en los poetas nuevos, de las lenguas de ayer en las de hoy.

ZUBIA quiere apostar porque en otra ocasión, o acaso la primera, sea la poesía la reina.



ELEGIA

COMO podré ahora describirte su rostro
su frente enamorada
la guirnalda de aves que coronó sus días
sus cabellos de mirto
su piel de aulaga
llamándote en la noche
Cómo contarte sin engaño alguno
sin que mi voz se quiebre demasiado
sin que pueda llevarte a decir que fuera falso
acaso una visión de mis pupilas
ensueño de mi sueño
aquel clamor eterno de sus labios
al pronunciar tu nombre
aquella marejada de su carne
su descalza figura de risco
su vesánica boca de ciprés
buscándote los días
Cómo acercarte ahora sin desmayo
al tiempo en que te amara
si su hermosura es dicha de la tierra
si los viejos oráculos
llevan augurios fríos de muerte entre los dientes
y las horas son puntas de lanza que nos rasgan
Por si la duda prende de tu piel
por si anida en tu vientre su látigo dorado
te cantaré sin tregua
que acaricié sus ojos henchidos de tu imagen
que ví cómo su túnica violeta
su cuadriga de tordos
agitaba las hojas de los brezos
apagaba el rumor de las aguas más fieras
desvelaré el secreto lugar
donde apiló sus galas una tarde
y desnudo su cuerpo
altiva su mirada
con el recuerdo último
de tu sombra en los brazos
murió como una dádiva



IX

*Fueron arcanos dulces tus palabras
cincelados centauros
arácnidos de oro en sus oídos
y ya cuando los júbilos agotan su hermosura
cuando el silencio dora los almezos
toca sus labios
sus pies que idolatrabas
y se siembra la carne de olvido y de cerezas*

LOLA SALINAS

UNA alondra de brisa partió el mar en un vuelo
y su pico de agua propició la mañana.
Las pléyades renuncian a Lesbos que redime
la salobre actitud que unifica los cuerpos.
Un ave de oro cruza la crátera del día
que el rosal albacea con áurea inmunidad.
Desocupado el ojo desnuda la techumbre
donde el invierno pone tálamo a la pureza.
Las mareas retornan sobre azules intactos
que coronara lenta la luz de la mañana,
y el cingulo del mar absuelve al horizonte
que refluye en el sueño a evocar lo perdido.
Has mirado en el límite como una golondrina
tu juventud, la vela del tiempo sobre el agua.
Sólo amor es posible si rozamos la duda
y negando los ojos inventamos el mar.



*Las islas de la tarde se enredan por los ojos.
Hacia la costa viene el navío de la noche,
cuando las lilas tejen capiteles de aroma
y la distancia enciende la atalaya del viento.
La ortiga de la espera maldiciendo rincones
de los patios que un día coronara el amor,
con la fría esmeralda de las preñadas vides.
Las amargas alcobas del frío envejeciendo,
abiertas a la luz piadosa del regreso.
La tarde mansa huye de augurar soledades,
estrecha la ventana para el desasosiego.
Todo vivir es ciego, del mar es la palabra,
la sonrisa a la espera de su derrota última.*

FRANCISCO CARRASCO

GRANADA

I

TIERRA de luz entre Genil y Darro,
destello de las nieves, alquitara
que gota a gota luz junta y separa
luz con la luz y barro con el barro.

Pena de Boabdil, mágico tarro
de llanto y de esplendor, tierra tan clara
que sola si la luz se terminara
daríamos la luz: ese desgarró

de lágrima que brilla en sus rincones
y pasa entre los verdes arrayanes
luciendo como un cuello de paloma;

ese fulgor de fuego y de pasiones
que llena las tinieblas de desmanes
y da a la luz las luces que le toma.

II

*Entre Darro y Genil tierra del agua,
manantiales copiosos, zúbias puras,
alfares donde cuecen hermosuras
la vega y nieve eterna, eterna fragua*

*del hielo como un fuego, blanca enagua
que a fuentes por la Alhambra entre las suras
del Mulhacén altivo en las alturas
como un pezón de leche se desagua.*

*Entre Darro y Genil chorro que estalla,
Granada como un mar de surtidores
retándose con músicas de Falla.*

*Entre Darro y Genil bella fortuna,
Granada entre las zúbias y las flores
izando como un sol su media luna.*

MANUEL DE CESAR

MUERTE EN VENECIA

*H*A tomado de la cintura al cielo,
con un leve cansancio de jazmines
en su mirada de palmeras.
Alto el aroma de su rostro helado
de un diciembre azahar
al tirrénico viento que propala
palomas de sus ojos y una grata
tristeza de volábil fulgor
en el rastro de su melancolía.
Ha tomado café bajo violines
como abejas libándole el adagio
del frágil corazón.
Se ha llevado la música en los labios
y en el ocaso del paseo, en dulce
tensión, aseda el paso,
se asoma al cielo del canal, y, luego,
se desmorona cristalino.
Ondas de desmayada espuma flotan
opalescentes en el agua.
Nunca Venecia estuvo
tan sumergidamente hermosa.

(Del libro «El polvo de las sombras»)



GOTICO FLAMIGERO

*D*E su primera infancia se recuerda
que fue elevado a la constelación
de los luises.

*Se ignoran
antecedentes celestiales,*

solo

*se sabe que alcanzó la primavera
a los cuarenta siglos de haber matado a un pájaro,
que se volvió licántropo, después,
que sus más lactísimos amigos
lo expulsaron del arco conopial
cuando ululaba contra los vitrales
de sus sueños de piedra.*

*Con las agujas del corazón caladas
de ojivales tristezas,*

*se transfirió una noche
de plenilunio.*

*Dícese que vivió flamigero y feliz
quinientos años antes.*

CARLOS RIVERA

(Del libro «El polvo de las sombras»)

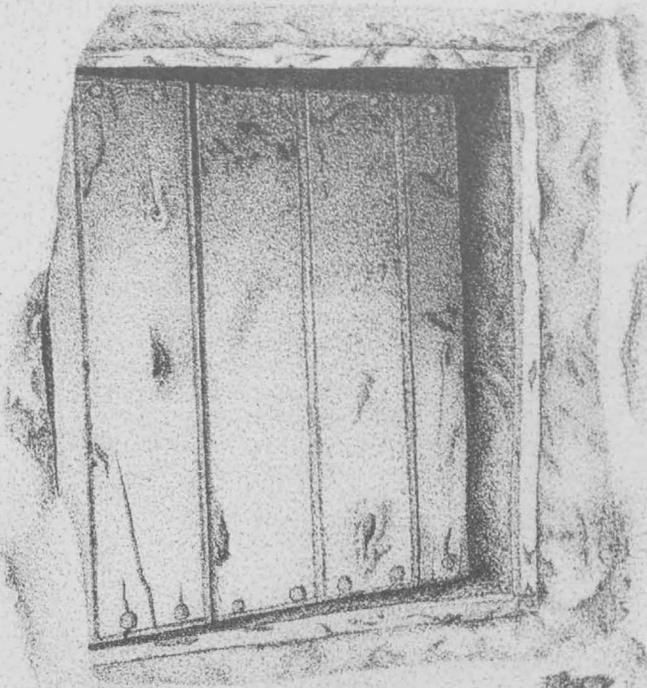
*EL viento,
perla o muerte,
penetra, sueño o pena, en lo profundo.
Las ramas, mano trágica,
pulsando su llanto lo detienen.
Negándose al escombros,
el viento continúa
más audaz, pero deshecho
por el choque vegetal seco y dormido,
partido,
hecho girones,
destrozado,
hasta que, niebla triste
-jazmín mutado en agua a la mañana-,
se pierde
en la distancia.*

VALS

*N*O vimos a la luna conversando con su sombra
ni la esquina de todos nuestros sueños estaba en su lugar.
Contemplamos cómo todo
se va desenredando de su nombre,
de su costumbre de permanecer en tales sitios;
adivinamos
todo lo que era cierto
y, abrazados a la niebla, experimentamos
cualquier sentimiento salvo la indiferencia.

*De no ser
por el frío, que se hizo soledad,
nada estaría perdido.*

HELIODORO DIAZ



Secille

RICARDO SECILLA
Nació en Córdoba
Donde reside

**BREVE NOTICIA ACERCA DE LA POESIA
GRANADINA ACTUAL, SEGUIDA DE UNA
MUESTRA ASIMISMO BREVE Y SUSTANTIVA**

«El rincón usado se hace dulce, y el poco usado causa fastidio», dice Granada. Desde las cuatro paredes de nuestro cuartito de trabajo —¡oh, camaradas!—, desde las cuatro paredes tan queridas, pensemos que el porvenir es de nosotros, y no de los que triunfan en el mundo. Tengamos fe en nuestra obra. Y por encima de un concepto bestial de civilización —vertiginosidad, máquinas, fábricas— pongamos la delicadeza, la bondad, el sentido de la justicia, el amor. Pongamos el espíritu.

AZORIN

LA POESÍA ACTUAL GRANADINA

Antonio Enrique

La poesía granadina de todos los tiempos posee tres rasgos característicos: la emoción, la intimidad y el júbilo (la emoción de las aguas de Granada, la intimidad de sus jardines y el júbilo de su luz incomparable). La emoción, por contenida, está en el centro de toda intensidad, la intimidad provoca el gusto por lo sensitivo (color, olor, sabor y figura), lo discursivo, lo subjetivo, lo doméstico, lo coloquial, lo melancólico, lo nostálgico, lo suave, lo perenne; el júbilo es ya otra cosa: el júbilo es la tenación por lo trascendente, la plenitud, el hechizo. Tiene que ver el júbilo con el duende, la intimidad con el ángel y la emoción—digámoslo en términos lorquianos, y acabemos antes— con la musa. Emotivos, íntimos y jubilosos fueron don Pedro y Federico, Angel y Fray Luis (óptimos los cuatro, suficientemente reconocido sólo el segundo); también Abentofail y Gregorio Silvestre, Ben Al-Jatib y Cubillo de Aragón. Los cuatro primeramente mencionados esencialmente buenos; pues Granada—digámoslo ya, con la mayor frescura— es incompatible con la falta de calidad. Si es granadino, genuinamente granadino, será que es bueno. Y, por descontado, postergado. Pues Granada, pura elevación, se opone per se a la campiña y a la meseta, que en efecto da muy buenos artesanos; oposición paisajística que entraña, como en el siglo pasado se pensaba, la antropológica: así se explica, por ejemplo, que un granadino se entienda mejor con un levantino que con un andaluz, como se me antoja claro confrontando los escritos de ambas tres nacionalidades. La meseta es Castilla, y Sevilla la campiña. ¿Qué tiene de extraño que los críticos, mesetarios de cabeza o campiñeros de corazón, sean reticentes con lo prístinamente granadino?

Pues que Granada es así, los escritores granadinos se dividen en dos grupos: los que viven dentro, y los que viven o han vivido fuera. Estos últimos son los más numerosos; es más, dijéramos que no se es granadino hasta que se sale de Granada. Entonces se piensa en ella como Ganimet en Helsingfors ante un simple plano de la ciudad amada, se la mira, se la adora, y cuando se la nombra se apostilla a seguido, como oí decir en cierta ocasión a un paisano moviendo con sorna la cabeza, «ciudad de la que nunca debimos haber salido»... Luego se retorna, o no porque ya sea demasiado tarde, y uno queda con las luces embebecidas, esponjado el ánimo y la memoria contrita por tan pronto haber olvidado la vejación, más que suplicio, de haber vivido fuera. Esto no ocurre, al menos con el mismo grado de intensidad, con ninguna otra ciudad andaluza o no, que yo sepa. Por tanto me perdonará el lector si quiere que me haya expresado en los precedentes términos. Ello es que, actualmente, Granada es la única ciudad en Andalucía que reúne las condiciones físicas para que un hombre de sensibilidad e intelecto pueda vivir con normalidad (vivir es todo lo contrario a sobrevivir).

Peró resulta que de los tres rasgos que he antepuesto, dos al menos parecen contradecirse: la emoción y el júbilo. La emoción, por intensa, propende al mínimum de vocabulario y de artificios sintácticos, mientras que el júbilo a la exhaecervación barroca o no, modernista o no; pero esta aparente contradicción es más bien diferencia gradual: por debajo del auténtico júbilo late un máximum de inspiración y energía. A este júbilo, que presupone un inherente temor al vacío y que es pura vertebación, abundosidad y lujo, valores quizás dictados por el entusiasmo (que no es otra cosa que el amor a la creación que nos envuelve), es al menos al que me refiero yo; las cosas fluyen ó están paradas, aunque quizás, como nos dejó dicho el sabio de Efeso, sea lo mismo. Se piensa que un autor es retórico, insoportable, tedioso, y luego resulta que es todo lo contrario, tenso, nervioso, sencillo en su complejidad. Ejemplo: Fray Luis de Granada (nadie como él postergado, en proporción a sus méritos; mejor. Epoca tan chocarrera e irrelevante no merece sus delicias).

Otras cualidades propias de la poesía granadina paso por alto, por no alargarme en demasía. Mencionemos siquiera la gracia urbana en el decir, la búsqueda sistemática de una peculiar atmósfera o espacio en el poema, la diversidad de planos, esto es, la perspectiva. Y la que es verdaderamente definitoria: la propensión a eternizar, por el procedimiento de elevar lo particular y parcial, lo anecdótico y determinado, a lo esencial, atemporal, a lo genérico (piénsese en Lorca ¿no es cualquier tarde todas las tardes?).

Ahora creo que si podemos hablar ya de la poesía actual en Granada. En Granada y granadina, según: los que, siendo granadinos, están o no están en Granada, y los que, no siéndolo, están en Granada. Extravagancia, y aún mala voluntad, sería hablar de unos solamente.

Emoción, intimidad y júbilo, recordemos. Todos los autores que a continuación se representan dan, en mayor o menor posología, pero predominantemente, tales rasgos característicos, al par que las naturales resonancias que de ellos se derivan.

Lo que entendemos cuantos andamos por la treintena por poesía actual granadina arrancaría por sobre entre dos años: 1968 y 70. En la primera de estas fechas, Juan de Loxa saca por ondas la revista radiofónica «Poesía-70», alharacas rockeras y resabios porteños, parafernalia antifranquista, resaca existencial, sobresalto continuo. En la segunda, Antonio Carvajal publica en la colección el Bardo el libro titulado «Tigres en el Jardín», iniciando, desde luego, un afán manierista que, a través de Narzeo Antino, va a llegar en nuestros días —aunque esta influencia quede eclipsada por la lectura atenta de Carrillo y Sotomayor— al joven Fernando de Villena, sin duda alguna uno de los poetas granadinos mejor dotados de la actual generación. Ambas entregas —tigres y poesía sententa— pusieron las cosas en un brete. Los selectos —dicho sea con ánimo añorante— a leer a Carvajal, los testimoniales a meter baza en el programa radiofónico; en una mano, valientemente, tan innovador libro, en la otra el maldito cubalibre, las orejas —como ahora se dice— mordiendo bafle y los ojos puestos en aquel inolvidable poema, fijado en poster, de Carmelo Sánchez Muros, uno de los mejores valores que divulgó el mentado programa radiofónico, y que empezaba «amor, amor, amor / y senos escarlatas». Total, testaférricos todos y el poema sin hacer. En el 68, Elena Martín Vivaldi, que en el café Suizo a eso de las siete recibía a cuantos poetas llegaban, reflejando sin darse cuenta su perplejidad y adoración en el rancio esmeril de los espejos, publica «Materia de Esperanza», que recibíamos de memoria. También por este tiempo llega a Granada Rafael Guillén, que tres años después publica «Límites», también en el Bardo; a Rafael se le podía ver en el banco (no el gongorino, precisamente), enredado en legajos, como Píramo en sus argucias, y había que ser breve no fuera que luego le dicesen algo. Por Rafael y por Elena sentíamos los que en Granada empezábamos auténtica devoción. Por Carvajal y por Juan de Loxa también, pero nos guardábamos de expresarla; hubiera sido una incalificable falta de lealtad para con nosotros mismos. También por estos años —años de recitales medio clandestinos y dificultuosas colaboraciones en prensa, a cuyas redacciones llegábamos con nuestros artículos a esas altas horas en que el olor a tinta se aleaba con el del café— apenas si hablábamos de Luis Rosales —unos pocos solo conocen el «Poema de Yavé», magnífico poema religioso de su malogrado hermano Gerardo— y apenas también si sabemos algo de José Carlos Gallardo. De Francisco Ayala, Américo Castro o Julio Casares se tiene una mayor o menor impresión, pero apenas si se les ha leído. En Granada está ya Carlos Muñiz que, además de catalizar los afanes incipientes de una nueva narrativa, va a animar el ambiente de la ciudad con su humor castizo, sandunga inteligente entre sevillana y marismeña, y sus citas fulminantes, dignas de ser apócrifas. A más de don Juan Gutiérrez Padial, que vive apartado en una casita no lejos del río Genil a la altura del puente de las Brujas, casita con huerto, reposada y pulcra: don Juan une a su prestigio de sonetista espléndido una voz levantisca y bronca que, espaciadamente, mutans mutandis, ejerce en latiguillos pintorescos y sentencias impagables. También se ve a don José Fernández Castro, novelista y poeta, cuyas espejuelas, pendientes del perfil austero, le otorgan, paseando por el Zacatín o con el fondo de palmeras y cipreses del Carmen del Alba, un aire entre intelectual y caballeresco. Y a Narzeo Antino, de la promoción inmediatamente anterior a la de quien esto escribe, a quien recuerdo —y así se me ha quedado por todos estos años— haberle visto tras los cristales de aquel conmovedor tranvía que subía a la Sierra, un domingo por la tarde, seguramente de vueltas de escribir algún poema de campaña... En Granada, por este tiempo, puede verse asimismo la figura enjuta, atezada y recoleta, ligeramente asanbrunada, zurbaranesca, morisca en suma, con pergeño de sotana descolorida y zapatones, del entonces capellán del cementerio de San José, del que se dice escribe unos sonetos místicos asombrosos; su nombre, Sebastián Urbano Baena (n.º 1977): su obra aún se conserva inédita, salvo cuatro poemas. Pero es, sin discusión, José G. Ladrón de Guevara, con su ingenio divertido y zumbón, siempre inteligente

y oportuno, quien pone el contrapunto y da el sabor de estos años en Granada; Pepe Guevara, desde su columna del Bicho en el diario Ideal, ha relatado con prosa fina y muchas veces socarrona, el acontecer literario y artístico de la ciudad, pues hay que decir, además, que los sucesos literarios aquí se dieron junto al quehacer de una numerosísima pléyade de pintores y músicos: unos más corpulentos, otros menos, con melena o con el cráneo limpio, más bohemios, más cosmopolitas, alegres casi siempre, arroparon con sus ilustraciones—costumbre lamentablemente en desuso— todo libro de poemas que se diera a la estampa.

De 1968 a 70, es la fecha que hemos dado para lo que pudiéramos llamar relevo generacional. Antes de la misma, la colección *Veleta al Sur* que, fundada por Guillén y Ladrón de Guevara, va a cristalizar los afanes poéticos durante casi una decena. En *Veleta al Sur* publicaron una larga nómina de poetas del Oriente andaluz, muchos de ellos vigentes en la actualidad. Fue una tarea ardua en la que la carencia de medios, a la que tuvieron que hacer frente los denodados propulsores del artefacto poético, añadió brillantez y encanto a la empresa (ahí las anécdotas alusivas a la precariedad de la imprenta, desprovista de algunos caracteres y signos de puntuación, y de la recogida de ejemplares no vendidos, superior en número a los depositados). Después, la revista *Tragaluz*, a más de la ya mentada *Poesía-70*, que fundada por Alvaro Salvador y otros poetas surge en torno a los ambientes universitarios de la facultad de Letras, bastión entonces de casi todas las fuerzas poéticas renovadoras; los profesores Orozco Díaz, Gallego Mourell, Soria Olmedo, y posteriormente Sánchez Trigueros y Juan Carlos Rodríguez, ejercen o ejercerán pronto la docencia, imponiendo un humanismo liberal de nuevo cuño que va a propiciar una atmósfera favorable a la creación poética: no en vano la mayoría de los poetas granadinos y de la región han pasado—ellos o sus libros de texto— por las acogedoras aulas del palacio de Pontezuelas, antigua sede de la facultad de Letras.

A partir de entonces, los movimientos literarios, con su traca de lecturas públicas, accidentadas en más de una ocasión. Quién leía frente a un espejo a espaldas de la gente, quien raspaba en el suelo un mixto de pólvora blanca, quién se levantaba entre el público y se iba estrepitosamente tras dejar bien claro su malhumor. Allí se sabía cómo comenzaba el acto, pero el final era un enigma. Y así vengo a recordar al grupo *Aleph*, que se reunía en un cochambroso tugurio del campo del Príncipe. El grupo *Aleph* había sido fundado por tres poetas inolvidables: Antonio Rodelas, que luego marchó a la Corte y vendió por el procedimiento de recorrer los cafés más poemas en octava que ningún otro poeta de lengua; José Varos, el más cósmica y químicamente puro de los poetas surrealistas que yo he conocido que, harto de no ser escuchado ni por los poetas de su grupo—grupo del que nunca supe la razón de su nombre, pues existen tres versiones distintas y ninguna verdadera—, huyó como un antiguo poeta nazarí, y allí sigue desde entonces, en tierras de Raimundo Lulio, y Rafael Rodríguez; éste último publicó en el año 71 un libro que provocó una inusitada expectación —a «Praxis» me refiero— cuya innovación consistía en la repetición de esta palabra cada punto más o menos, lo cual fue causa de fabulosas discusiones, sobre todo entre los incipientes lectores de Joyce. Era entonces Rafael un poeta al que fastidiaba sobremanera que no le devolviesen los libros dedicados que prestaba, más bien alto físicamente, y trotó como pocos: echaba a andar y trasponía a Checoslovaquia, pongo por caso, que hasta allí estuvo este poeta inquieto, soñador y buen amigo. Iba provisto de una boina que le daba cierto aspecto partisano y—esto lo recuerdo bien— ciudad que visitaba nombre que ponía en la badana interior de la misma; así, cuando no le cupo más nombre de ciudades fabulosas, aprendió el sueco y se marchó a la Alhambra, en donde suelo verlo cada vez que vuelvo a Granada. Rafael Rodríguez era quien conocía lo que se hacía en cualquier sitio de España o fuera de ella. Creo que fue el primero que introdujo en nuestra ciudad el elemento renovador de la «beat generation».

Y luego, durante la década del setenta, vinieron las colecciones, que eran, a más de la que la Universidad sacaba por su cuenta, tres: Zumaya, Anade y Silene, las tres siguiendo honrosamente su trayectoria, por más que la primera fuese inmediatamente absorbida por el departamento de publicaciones universitario y la tercera corra el riesgo que entraña toda subvención oficial. Fundadas, la primera por Juan Jesús León—poeta prolífico en su época estudiantil que lleva sin embargo más de diez años sin publicar— lo fue la segunda por José Lupiáñez apenas llegó a Granada, y la tercera por Narzeo Antino, codirigiendo por un tiempo José Gutiérrez las dos últimas. Dado que «siguen provechosamente su ca-

rrera», que no tenemos aún perspectiva idónea de tiempo para opinar sin interferencias, y que quien esto escribe estuvo en la santa bárbara de estos tres navios los años siguientes a sus botaduras, se comprenderá que me excuse de relatar las vicisitudes, casi siempre poéticas, de estas tres linajes de la poesía granadina de la pasada década y de la presente; en otra ocasión tendré mucho gusto en hacerlo. Los catálogos de publicaciones, sin embargo, están ahí y son buenas razones: Anade llegó este año a su libro vigésimo de poesía y Silene es previsible que lo haga al decimoquinto, contando con su reaparición en nuevo formato. No sería justo olvidar la asimismo colección de poesía que lleva por nombre Genil, auspiciada por la Excm. Diputación Provincial, de bellísima factura, lo que suele ser infrecuente en publicaciones oficiales, de gusto por lo general desasturado y rancio: detestable, en suma; la colección Genil rebasó el cuarto centenar de libros de poesía en poco más de cuatro años, lo cual da idea de la eclosión y buena salud poéticas, por más que la alta calidad literaria siga apareciendo cuando menos se piensa, de tedio con que se la espera. Con todo, el libro «Cien del Sur sobre la Epica» que compilamos mi entonces compañero de aula, el poeta Fidel Villar, y yo en 1975 es quizás, por lo espontánea y extensa (no se trataba de ninguna antología, antes bien de un testimonio), una muestra de la temperatura y diversidad poética del ambiente literario de entonces.

La emotividad, la intimidad y el júbilo, volvamos al punto de partida. Lo que llevamos de década ha asistido a la preponderancia creativa y al reconocimiento efectivo por parte de la crítica especializada de dos autores granadinos, primordialmente. Ellos son José Gutiérrez y José Lupiáñez. Es, de ambos, Gutiérrez más acorde con los gustos hegemónicos actuales, y así es fácil des-ubrir la procedencia kavafiana de sus primeros libros, al par que la resonancia de autores como Brines, Claudio Rodríguez o Gil-Albert; mas, entendiéndose bien, tales ecos no suponen el detrimento de una voz potente en cuanto al deslindamiento de su propio mundo: su poesía, necesaria y acorde con el mundo que vivimos, oscila entre la decepción y el ensoñamiento, y la calma de su dicción y la morosidad de su tempo poético así parecen confirmarlo. José Lupiáñez es —en el sentir de quien escribe estas notas— el poeta más brillante que haya aparecido en Granada tras la publicación de los primeros libros de Carvajal. José Lupiáñez, que empezó adscrito a un modo de ser modernista —es el momento de decir que el modernismo en Granada es consubstancial al «júbilo»; de hecho José Zorrilla ya fue modernista en Granada varias decenas antes que Rueda y Rubén—, ha ido adelgazando su obra, ahondándola, conforme una manera de sentir absolutamente cerrada a cuanto no sea la más irreducible introspección. Los libros «Música de Esferas» (1982) y «Arcanos», en prensa, así lo atestiguan.

Pero en Granada, también, lo que llevamos de década ha visto surgir lo que se llamó primero «la nueva sentimentalidad», y posteriormente (dadas, supongo yo, las connotaciones derechistas de tan impertinente apelativo) «la otra sentimentalidad» (sin que se sepa bien, naturalmente, cual es —si ésta es la otra— la una). Mucho se ha hablado —como siempre, demasiado quizás— de este movimiento que algunos identifican como una escuela al uso de la que en Sevilla propiciaron poetas de verdadero interés, como Fernando Ortiz. Luego vinieron las contravenciones: que si quien está tras bastidores es el profesor Juan Carlos Rodríguez, que si epígonos de Gil de Biedma, que si poetas protegidos, que si tal que si cual, que si Alvaro Montero Egea y Salvador García... Poco de esto, poco. Influencias sí, quien no las tenga levante el dedo, y cada quien es dueño de roturar su gleba con el arado que más le guste. «La otra sentimentalidad», como es sabido, la integran tres poetas, dos de los cuales han demostrado con su constancia a lo largo de los años una indudable predisposición literaria: quien resta —Luis García Montero— no ha tenido aún tiempo, pero su carrera, más bien escalada fulgurante, está ahí: ahí está su hasta la fecha único libro, a más del texto en colaboración con Alvaro Salvador, y su valor no debe ser menoscabado por la alharaca de premios y reconocimientos. Ya está: llegar es fácil, mantenerse no; «El Jardín Extranjero» es un hermoso libro. Javier Egea —básicamente un poeta puro y elemental, por más que las ideas e ideales no siempre beneficien una obra lírica— es un poeta de la intensidad emotiva, mientras que García Montero lo es de la intimidad emotiva. El mejor Egea es, no obstante, jubiloso (se comprenderá que donde hay júbilo, es decir, entusiasmo, las ideas sobran, no porque molesten sino porque no hacen falta). Alvaro Salvador, en cambio menos fluido en la expresión, de musicalidad más tarda, posee una cierta vitalidad, un asombro continuo por las cosas, una variedad temática que le presagian —al contrario de sus compañeros— una obra extensa y paulatinamente

más rica en registros. Hasta aquí la nueva u otra sentimentalidad. Lo que he querido decir es que, si alguna identidad poseen estos autores, es —manifiestos albertianos al margen— la identidad de lo literariamente granadino: emotividad, intimidad, júbilo. Si algunos poetas de la generación del cincuenta presentan tales rasgos característicos, concomitancia sea. No plagio. No cauda. Tradición, entonces.

Y de «los que son y están», «son y no están», «no son, pero están», dijimos que se podían clasificar los poetas granadinos. Aquí habría que nombrar una larga nómina. Granadinos que son, pero no están serían José Carlos Gallardo y Luis Rosales, Pablo Luis Avila y J. G. Manrique de Lara, Arcadio Ortega y Enrique Morón, Antonio Jiménez Millán, José Varos y Manuel Carrasco. Granadinos que no lo son, pero que están serían Trina Mercader (m. 1984), Miguel D'Ors, Tomás Ramos Orea, Fernando Adam y Vicente Sabido, José Lupiáñez y Antonio Navarrete. Granadinos que son y están serían Elena Martín Vivaldi y Rafael Guillén, Juan Gutiérrez Padial, José G. Ladrón de Guevara, Antonio Carvajal, Narzeo Antino, Carmelo Sánchez Muros y José Heredia Maya, Juan de Loxa y Pablo del Aguila (m. 1968), Alvaro Salvador, Juan J. León y Javier Egea, Fidel Villar Ribot y José Gutiérrez, Luis García Montero y Rafael Juárez, Fernando de Villena y María de los Angeles Mora, Francisco Acuyo, José Bailón, Fernando Alguacil y Francisco Contreras, Cipriano Torres, Ignacio Llamas, Sebastián Urbano Baena (m. 1977), Miguel Ruiz del Castillo y un servidor que, siendo, está y no está. (Poeta al que no haya nombrado: ¡clemencia!). Ellos y ellas —como en cierta ocasión dijo en una memorable dedicatoria Elena Martín Vivaldi— saben sus nombres, así que para qué seguir.

Pues bien, ellos y ellas están en constante progresión. Saben, casi todos, que para crear una obra resistente, hay que morir al tiempo, quizás porque hay dos únicas formas de escribir: o bien o deprisa. Saben, los más, que una cosa es uno y otra su circunstancia, pero ésta, en la medida que el ánimo se sume en la creación y se ensimisma, importa menos de lo que se dice. Se trabaja bien o mal, pero en Granada la individualidad está preservada de modo natural, por lo que el llamado estilo de escuela —macabra expresión indicativa del procutianismo gulab que vivimos— está bien como broma. Que, por eso, quien nada tiene bien está que sea irreductible e insobornable, como se es arrogante y tímido a un tiempo, y así, si nada se tiene, al menos, se es algo.

Es posible —dentro del capítulo de pesimismo— que la poesía actual granadina se resienta, a imagen de la poesía joven española, de cierto cansancio semántico, de cierto desgaste en la sintaxis, empobrecida por momentos, ataraxia de asuntos, formas y motivaciones. El versolibrismo no acaba de imponerse —en cuantos lo usan— con la impecabilidad técnica que fuera menester esperar en tan larga ya tradición. Creo, a la vista de esto y aquello, que la poesía granadina actual se enriquecería notoriamente si adoptase, entre las posturas que cada cual considerara, alguna de las opciones que, por ahora, tienden a imponerse, a la vista del tipo de poesía que en los últimos años viene adquiriendo mayor refrendo en la minoría mínima que aún lee poemas. Se trata, quizás, de un ritmo más confesional, directo y abierto, o bien la búsqueda de nuevos escenarios y aventuras. Pero, recuérdese, digo esto únicamente en sugerencia que a mí, cuanto menos, me sirve, y a vistas del bostezo cataclísmico que amenaza engullirnos a todos.

Para ocasión menos granada deju datos precisos formales de interés para los estudiosos. Uno de ellos, y apagamos. Poetas como José Lupiáñez y yo mismo —perdónese me la mención; lo hago por ser el primero en tenerme al alcance—, ya no seguimos el magisterio de Juan Ramón. Esta fue —pienso ahora— nuestra ruptura con la generación de los novísimos; ruptura casi inconsciente, toda vez que solamente intuíamos que sería de fijo imposible ir más allá que ellos, los cuales, a través de los poetas del grupo Cántico y de ciertos poetas del veintisisie, bien pudieran remontarse a Juan Ramón Jiménez. Recuerdo que Rubén —en esta Granada jubilosa, urbanísticamente finisecular y modernista— comenzó a entusiasrnarnos, antes que por su obra, por sus obras. Lo que me place señalar como rasgo generacional, al parecer ni siquiera presentido. Pese a que Juan Ramón estuvo y escribió en Granada y a Granada —como es sabido—, Rubén nos parecía más acorde con nuestro júbilo y nuestra felicidad de vivir en Granada. Y ello, porque Rubén presupone la intimidad, pero no es —como se nos antojaba Juan Ramón— la intimidad. Rubén es el júbilo; es la salud poética. En Granada el júbilo es, ya lo dijimos, la luz. Y la luz ilumina la nieve del Veleta, la fuerza del chorro de las aguas que sobrepasan el perfil de los cipreses, y las páginas incandescentes del poema por hacer.



NOTA A LA PRESENTE MUESTRA

De los veinte poemas que integran esta muestra, correspondientes a otros tantos poetas, son trece absolutamente inéditos y, de entre éstos, dos, además, póstumos (Mercader y Urbano Baena). De los restantes, tres (Heredia, Rosales y D'Ors) aparecieron recientemente en libro, si bien poco y mal distribuidos, siendo éste el criterio de justificación, a más de dos (Carvajal y Gutiérrez) en sendos libros antológicos realmente inencontrables, restando otro (Egea) publicado en revista y otro al fin (Juárez) impreso en cuaderno, aunque su texto fuera modificado para la ocasión. Añadir que yo hubiese querido la participación de algunos otros poetas, pero que fue imposible, en tan corto espacio de tiempo, para mí localizarles, o bien, requerida, ésta llegó tarde o nunca. Mi sincero agradecimiento por vuestra colaboración.

IMPURO AZAR

NOVIEMBRE como un bosque de atónitos lebreles
ahuyenta los recintos de Aynadamar. Las horas
invaden enemigas la tarde. Tú que adoras
el fruto destellante cual presa en labios fieles,

tú que escribes con fuego —¿quién acecha? no celes—
el amor sobre un cuerpo tan lúcido de auroras,
tan corcel de la noche... Qué rumor avizoras,
por dónde la jauría desboca los cancelos.

¡Ay el viento que ronda cipreses y azoteas
cobijando gemidos! No es la pasión quien nombra
combate tan inútil, tan sórdido espejismo.

Hacia el alba te espero —la ebriedad tú recreas—
Si el dolor nos asedia con su cristal de sombra,
tu presencia es la lumbre que conjura el abismo.

NARZEO ANTINO



JUBILEO

A José Manuel Blecua

DESPLIEGA la ciudad su atribulado
halo, su pesadumbre
vespertina. Entre el tránsito, vacío
de toda paz, se apaga el vago pio
de un gorrión. Su lumbre
extinta, un lento sol el altercado

de arrabales y campo ha silenciado.
Ignara muchedumbre
discurre, avanza, anega —como río
con rumor y sopor— este baldío
que llamamos costumbre:
Hora de sal el tiempo consumado.

¿Quién puede al corazón ponerle flechas
con ímpio furor ciego,
y a la razón los límites terribles
de la inacción? Suelte el Centauro flechas
hacia los astros luego

y encienda el sol a la pisada umbrosa
camino entre los álamos flexibles
—ciencia todo y sosiego—
que conduce al poema y a la rosa.

ANTONIO CARVAJAL

NEVADA DE LUZ

***E**L navegante surge forjando la conciencia
que solo se exalta ante lo bello.*

*El apenas se inquieta, ni oculta el oro
que entre todos eleva con los ojos muy abiertos.*

*Corren los demás en el puente
a la sombra del mascarón de proa
y un gesto violento es la llama de los amantes.*

*Ahora pierde el sueño entre las blancas sábanas
y se abandona con el sabor del beso
en la divina inocencia.*

Luz nevada de luz: luz de luz.

MANUEL CARRASCO

DONDE EL POETA SE DESPIDE DEFINITIVAMENTE DEL COTARRO

ADIOS, adiós revistas, premios, antologías,
fulgores de El País y del Segundo Canal,
adiós generación del 70, divino
tesoro, te he perdido para nunca jamás.

*Para ser comunista me falta la langosta
(que no es poco faltar)
y, como Don Antonio, tampoco soy un ave
de esas (menudos pájaros) del nuevo gay trinar,
y no versificando ni a la izquierda
ni debajo de nadie, ustedes me dirán.*

*Adiós entonces, fama, adiós obras completas,
adiós escalinatas hacia Carlos Barral,
adiós muchachos, nunca compañeros
de mi vida (a Dios gracias –y gracias además
a los sabios consejos sobre las compañías
que me dio mi papá–).*

*Pero todos felices: la Poesía
y yo tendremos más intimidad,
y vosotros qué gozo: en la carpeta
de Félix Grande un poco menos de original
y un poco más de alfalfa en los amenos prados
del Parnaso local.*

MIGUEL D'ORS

CUANDO rueda la piedra en el estero
abrevia tu dolor: es el sonido
que desde las compuertas en Beninar
traerá la noche larga con el agua.
Porque la piedra canta submarina
y en cantiles oscuros sueña a veces
un devenir de tromba sin estribos.
Serán estatuas, frisos, cariátides,
casas y olivos bajo el agua negra,
lajas y cantos por la torrentera,
ojos, lirios, campanas sumergidas.
Y no la huida, ni siquiera el trance
de los arrepentidos, de los necios,
ni siquiera las alas o el caballo
con el bello de espuma. Sí el amor
a lo que siempre estuvo con la muerte
codo a codo viviendo inevitable.
Estuvo allí desde el principio nuestro
con la muerte diaria confundido.
Desde el enigma de la piedra vengo
a compartir el aire de la gruta,
a navegar en la corriente fría
del misterio. Que ya la piedra suena
por el puente de arriba y es la noche
y quiero estar contigo cuando llegue
viscosa en la embestida, sepultando
los últimos espejos del dolor.
Por el camino de la piel abajo
hacia una luz más honda que la piedra,
más profunda que huesos y raíces,
es que voy derivando nuevo y solo.

JAVIER EGEA

RESONABA aún el grito del vigía a la voz de tierra!
cuando vieron refulgir una isla en el horizonte.
Consultó el maestre la carta de navegación y no supo
nombrar las tierras que ante ellos se divisaban.
Por ello Nunca las llamó, pues tal vez Azar o Destino
su nombre verdadero fuera. Y tal aconteció:
mandó el maestro de velas arriar la jarcias
y el marinero mayor lanzar el áncora. El María Celeste
mirad que es una gigantesca oca blanca meciéndose ahora
en el espejo lustral de una bahía. Y los acantilados
no bastan a borrar su imagen de tenue sueño abandonado.
Pues es la isla un acorde sostenido de la más discreta fragancia
y la selva, que a pocos pasos del pleamar se abre, la más densa
ofuscación de las brisas, delicia de la luz cuanto los ojos hallan.
Y así siento tambaleárseme el ser y la memoria al encuentro
de arrollos tumultuosos que van como venas por una frente desconocida,
y frutos extraños como quimeras que enuncian la perfección
de unos senos estremecidos tras las vestiduras, frutos
encendidos que nacen de copiosos árboles llamados de leche.
Cuánto sentir de finos linceos en las caderas de aquel trópico,
robusta traslación de muslos iniciando la anunciación del gozo.
A vistas de estallido tal de sol, los marinos pensaron
en tus ojos, en tus miembros, en tus besos, en tu abrazo,
en tu pasión, quien quiera que seas tú, y el silencio
fue cuanto el viento sacó de sus labios enaltecidos.
Ya es poca suerte. Llegar a la isla, hallar la felicidad,
buscar el tesoro de antiguos corsarios y haber de retornar,
con el pecho enjovado aún por el recuerdo de las boas
cantando entorno los árboles más arcanos, y en las pupilas
la efímera lentitud de ostentosas tortugas de carey.
No es más: cuajada la playa estaba de perlas,
cuando el mar borrando fue la huella de los navegantes.

ANTONIO ENRIQUE

(Del libro inédito «El Galeón Atormentado»)

...madrigal...

OJOS míos cargados
que me miráis con ira
al terminar la fiesta.

Detenido,
con la impaciencia con que apunta un alma,
me fijáis al instante
de alguna decisión,
a la presencia extraña, descarnada,
de otra necesidad
y de otro cuerpo,
mientras pasáis silbando por las sienas.

Habéis amado mucho, ya lo sé,
pero como quien va dejando cien testigos,
cien sueños de una noche, cien rastros diferentes
de la misma pasión, más dócil con el tiempo,
legendaria.

Noches de rock, sin prisa, a las afueras,
y un patio oscuro donde maduran los deseos,
donde las cazadoras de cuero se confunden
al olor de la vida.
Recuerdos convertidos en fiestas de guardar.

Una historia sin crédito en el día
y sobre todo un mundo mucho menos
marginal que sus versos,
me convocáis aquí.

El mundo que ponéis en el espejo,
ojos míos, cargados.

LUIS GARCIA MONTERO

ALGO PENUMBRA

ENTORNO un poco los postigos
como si estuviera solo, porque,
ya se sabe, la luz
de afuera, al estallar, podría
torcer un cuadro o despertar
un libro, tanto tiempo ahí, con tanta
su historia en duermevela
y esto no es bueno y los tapices
y los cansados muebles... pongo
sordina así, algo penumbra, al ruido
con que otros pasos ruedan, rebotando
en las piedras de la calleja, un perro
que engola su ladrido, también pájaros
tan en sus cosas ellos, bueno,
o un campanil conventual que pone
los resoles en hora, la caída
de esta otoñada y vacilante tarde.
Y, como si estuviera solo, tomo
entre mis ojos un arcón, la sombra
de una esquinera lámpara, el dibujo
filigrana de los visillos.

Este
silencio en torno. Esta espesa, labial,
tangibile forma
de desgana; la duda de una mano
o de un roce al acecho; algún reloj parado
que no acompasa los recuerdos, algo
que no se deja ver, pero que posa
su otra piel, la de antes, en el borde
más ausente del tacto, ya gastado
de no tocar, de no sentir.

Y, como
si estuviera solo, me planto
en la mitad del desconsuelo, el centro mismo
de esta estancia vacía, o me arrebujó
en el rincón que forma ángulo
con la puerta cerrada y la tristeza
y qué más da y un frío
en las rendijas de los huesos.

Tanto
es el tiempo que se agolpa afuera.
Tan poco queda, pero tan extenso.

Y, como si estuviera solo, apoyo
la cabeza hacia atrás
en la pared, todo hacia atrás, y canto
una canción aquella, como entonces,
como cuando tú estabas y abríais todos
los balcones a qué sé yo. A la vida,
tal vez.

STRANIERI

QUIEN ha sido testigo un instante
del brillo apagado de esos ojos
-tristes porque conocen la belleza
que los desnuda, y temen el destino
de quien se mira en ellos y pierde la memoria
y ya es un solitario el resto de sus días-,
ha visto extenderse allí una sombra
ligera y misteriosa, tal la nube
ingrávida en mañana de verano.

Sombra que nos quisiera transmitir
el desconsuelo de una existencia no elegida
pero a la que se sabe sin remedio atada
-como suele ocurrir con la vida de los príncipes-,
y que nos habla de íntimas derrotas,
revelaciones súbitas o sueños sin historia.

Esa sombra me deja melancólico
porque desvela en mí otra sombra gemela
que nos hace extranjeros a los dos;
despojados de todo, obstinados viajeros
perdidos en desierto, condenados
a no encontrarnos nunca.

JOSE GUTIERREZ

EL CUARTO ESPACIO

YO, Juan, vi en la espesura de la noche siniestra
cien caballos indómitos batiendo los abismos
en relinchos dementes y fulgurantes cítaras.
Remodelando en fuego mi primera costumbre.

Ví la rueda del sol desbravar escondrijos
y mundos en potencia, a ráfagas y círculos
de signo delirante.

A mi izquierda caían
albañales, oprobios, fragores de alimañas
encrespando sus pústulas, rabiosas agresiones.
Llovían maleficios, almácigas de muerte,
sanguinarios rubores, consignas soterradas,
indicios de conjura y naufragio en colmo.

Una voz o chasquido —fracción de pedernales—,
reiterada parodia cruzando mis oídos:
Puede cerrar la herida si a pie firme superas
la saja, el cauterio, la punzada, el mordisco.
Entrar en tus dominios si en quiebra inexplorada
te edificas auténtico, vadeas arrecifes.
Cienos. Alevosías. Astucias de lacero.

¿Quién me explica la jerga donde el torrezno es meta y bienaventuranza?

Los instintos rezuman babazas y lujurias.
Soñar es aventura de atalaya ficticia,
comprobar que los astros se ofrecen más remotos,
rasgar los inventarios —inservibles deidades—,
empinados estrados de vileza tirantes.

Otra voz, desgajada, espectro de otra nube,
concertaba bramidos con rejumbres de trueno:
No compartas guarida de astuta comadreja
ni escupas en la huella del lobo o la serpiente.

Hiende la luz. Esculpe en el confin cerúleo
galopadas en tromba que olvidan los centauros.
Dispensará el empeño corduras y extravíos,
contrastados errores, victorias y fracasos.
Te acecha el calendario en mazmorra de lodo
como lombriz anónima o inmunda sanguijuela.

JUAN GUTIERREZ PADIAL

Del libro inédito «Llamas del tenebrario»

VAN SACIANDO SU SED EN ESTA HISTORIA

DIJERA basta
y el amor me persiguiera
arrebatadamente, escarnecidamente
hostil, perro famélico.
Otoñece el dolor,
de orin cansado el mar se enturbia
y digo basta
pero la misma sombra que encubre el paisaje,
colmillo de lobezno,
como el amor me persiguiera,
como me persigo yo mismo con otra dentadura.
Dijera basta
y el caballo de la furia,
el trueno del mordisco, el mirlo de la rabia
ante mí se sorprendieran
insaciados. Como yugo aprietan.

Qué bárbaro el amor,
qué bárbara la sombra
qué indómito el paisaje.

Vienen a mí, les digo basta
y obsesos me persiguen
como una pesadilla de la infancia.
Todos vienen y se van
pero ellos vinieron
y se quedan, aprietan y se quedan.
Vertiginosamente y sin sentido
van saciando su sed
en esta historia.

JOSE HEREDIA MAYA



REGRESO

*VAN los trenes, los trenes
van tan tristes. Parecen
caballeros vacíos,
caballeros poblados
de enfermedad. Transportan
de una ciudad a otra
vieja ciudad el ruido
de el desamparo, el ansia
de la raíz, la torpe
aventura del joven
corroído. Los trenes,
a través de la noche
se arrastran al regreso.*

*Tú, viajero, que escribes
dentro del tren, te dejas
arrastrar pero quedas
para siempre en la otra
ciudad, en cualquier otra
ciudad y el tren regresa.
El tren no duerme, y tú
paseas, nuevas plazas
descubres, viejos bares
que guardaban el cerco
de tu vaso. Llegaste
dividido y te lleva
ahora el tren solitario,
desde viejas ciudades
a ciudades vacías.*

RAFAEL JUAREZ

AZUL

R. D.

*L*A mirada se impregna del azul, ¿lo creéis?
Desde el caer de la tarde he visto naves incendiadas,
pájaros voladores, semillas que danzaban,
corolas de Laoscor, y hasta las mallas que cubrían las barcas.
Pero los ojos deliraban de azul, húmedos como el mar,
como ese rito adusto de las aguas que observan.
Pasaron cazadores persiguiendo la caza,
y arqueros con sus arcos, ángeles con avisos;
llegaron las doncellas para tenderse al sol.
Por el aire cundían los peces en su vuelo,
y los pajes detuvieron su rumbo y pulsaron violas.
Pero el mar impregnaba con su requiebro azul.
Vi descender los tensos estandartes,
y que una fiesta hurdió por el pinar su gloria.
Vi los haces de leña y el manjar en las mesas,
y hasta vide la sombra de la frágil sombra.
Se avvicinaban vasos y orfebres y canciones,
se allegaban racimos, cuerpos sonoros, chanzas;
pasaron cazadores persiguiendo la caza,
y arqueros con sus ángeles y avisos con sus arcos.
Rodaban las coronas con perlas y amenazas,
giraban las casacas, los sables, las magnolias,
giraban las miradas, los dardos, el destino,
y el goce era una espina, y la pluma un amor.

JOSE LUPIAÑEZ

A DESHORA

Todo lo que el corazón calla, ¿cómo lo diremos?

A. Amusco

PUEDE escribirse «amor»,
nombrar el «sufrimiento»,
el «dolor», la «nostalgia»,
la «esperanza», la «pena».
(Y... habrá una risa larga, rastro de luz,
veloz cruzando el cielo,
dibujando su línea
en el azul sin olas).
Pero no puede el corazón
pronunciar los anhelos, ya prohibidos,
«por leyes de esta hora»,
decir las inquietudes,
sumergir en la noche
los brotes del silencio deslunado.
No existe la palabra,
cercenado su ritmo,
quebrados sus perfiles,
polvo su esencia:
enigma de un sentido.
¡Qué temor de su audacia!
Cobardía ante el llanto.
No hay manos con que apague
este fuego sin llama,
se estrangula el sonido,
se ahoga
la verdad entre la noche.
¡Ay! Calla el corazón
—un dolor de cuchillo estremece la carne—.
En las montañas, sola
derrama su voz Eco.

ELENA MARTIN VIVALDI

ALBA

para un homenaje a Jorge Guillén

1

Y así deviene el alba
naciente, amanecida,
devorada en su noche, atravesando
su no total, su muerte, a la deriva
la victoriosa en trance de humillada,
la bien armada y siempre combativa,
perdedora a sabiendas, con qué esfuerzo
pérdida voluntaria y consentida.
Crisol en dura prueba de exterminio
rayana en hecatombe de ceniza.

2

*Pero la luz es inmortal.
Desoladas tinieblas dan auroras
de luces manantías.
Oh, pecho desbordado, malherido
de claridades íntimas!
Oh, pie nunca posado,
que en ligereza y levedad se obstina!*

3

*Así, la luz del alba, la incipiente
semilla de la luz, la fiel alondra,
recental de la noche, precipita
los inasibles pájaros nocturnos.
Que nunca fue tan débil la embestida,
tan delicado el gesto, tan a solas
la terquedad, la audacia, la osadía
sino ese núbil seno de la urora
que, blandamente, obliga, desorienta,
repliega, cerca, invade, desaloja
los soberbios alcázares del sueño,
la hojarasca de sombra.*

TRINA MERCADER

NADIE DEBE OLVIDAR QUE EL LABERINTO
CONSISTE JUSTAMENTE EN LA PERDICION,
y la almadraba es un laberinto,
bastante grande,
hecho con redes tensas endurecidas por el agua,
cuyas paredes pueden tener de altura casi cincuenta metros.
Debieran ser inermes, no lo son;
las corrientes internas las empujan pero no las abaten;
se mantienen a flote con corchos y se afirman en el suelo con anclas
—la chaveta es la cuña que sostiene la posición horizontal del copo—
y se van ordenando de tal modo que pueden sostenerse mutuamente
ya que su contrastada tirantez les da estabilidad.
La perdición es su secreto,
y el secreto inicial es siempre un laberinto,
pues cuanto más te adentras en la vida más te pierdes en ella.
Por lo cual
al llegar los atunes costeando en busca de aguas claras,
sedantes
y tranquilas,
donde hacer el deshove,
se levantan las puertas de los compartimentos para dejarles paso.
Es cosa bien sabida que la atracción suele engañar,
y al entrar los atunes en la cámara de la muerte,
la última puerta cae.
Quien se adentra en el gozo está perdido,
la alegría sólo tiene una puerta que es la puerta de entrada,
cuando ya la han pasado
nunca vuelven a encontrar la salida y el círculo se cierra detrás
de ellos.

LUIS ROSALES

LA CONDICION DEL PERSONAJE

TE he buscado por bares y por días
sin saber encontrarte.
Recorrí las callejas de tu barrio
—donde vivo también, de vez en cuando—
y he dejado los rastros de mi paso
por si acaso los vieras, como flores
que cortejan tu nombre en las aceras.

Te he buscado por noches, entre copas
duras seguramente y excesivas,
esperando alcanzar la madrugada
de tus ojos cachorros: y encontrarte.

He pensado en llegarme hasta tu calle,
preguntar por tu puerta y proponerte
una cita, unas flores, un poema
para tenderme un puente, como entonces
cuando la juventud, y la ilusión, y eso...

Te he buscado en mi agenda y en mis discos
sin preguntar por tí, sin visitarte,
porque a veces los años se parecen
a esas juergas que sólo dan resaca.

Mas, a pesar de todo, te dedico estos versos
no sólo porque hacerlo es un vicio querido,
sino porque con ellos quizá pueda mostrarte
la condición que exhiben algunos personajes:
«hombre cansado ya de muchas cosas,
con papeles en regla de anteriores afectos
no demasiado joven y sin ningún dinero,
llama a tu corazón. No tiene fecha».

ALVARO SALVADOR

(Del cuaderno inédito «Reina de Corazones»)

ORACION CON UN LLAGADO

***E**STA el alma del mundo, Señor, de nuevo helada,
como si fuera el duro corazón de la nieve,
porque tu Pan no come, y tu Vino no bebe.
Sálvala Tú, que puedes, y tórnala abrasada*

*con la sed y el hambre de tu mesa olvidada;
Tú, que la sed enciendes al juglar de la plebe,
extático en la cumbre, que a tu abrazo se atreve,
al mínimo franciscano del alma enamorada,*

*escondida violeta, poeta de la rosa,
del lobo y del cordero, del sol y la azucena;
transfigurada carne, ceñido desvelado,*

*a quien no fue llovido de tu sangre preciosa,
rompe y llaga el costado, ya herido por la pena,
la tempestad del beso de tu abierto costado.*

SEBASTIAN URBANO BAENA

NITIDO FIN

MUERTO el amante, la flor se mustia
en la agonía sin fin del pétalo.
Y los labios que imposibles se abrieron,
detendrán el verbo en el silencio
no siendo tacto ni voz de otra boca.

Cedió ante el húmedo roce del agua,
adormecido en la pasión del fruto
al conocer del amor el beso ardiente
que enciende su ascua en el recuerdo,
pues miraste largamente la amargura
palpada de su encanto y tu abandono.
Siempre hubo un sueño que imposible
inundó tu espera en la breve orilla
de la vida donde crece el olvido.
Siempre una herida te ardió en el costado.

Y te llamarás ardor, vuelo, azul,
pureza de la lluvia, tarde, deseo
o amor si al alba su cuerpo ofrendase.
¡Ah, la luz, destino de su esencia!
Tanta vida o cielo para en el perfil
de tu soledad columbrar la ausencia.
¡Qué temblor el pecho por mi desvelo,
las manos ahogando ya la caricia!
Mas no tiene nombre la hermosura
en ti de una muerte deseada.

FIDEL VILLAR RIBOT

NINFALIA

*E*RAN aquellos días celestes y dorados
de total, remansada primavera
en que los altos dioses concedían,
piadosos, a los hombres el olvido
de oscura muerte y de vejez amarga,
y, unidos por el ansia de efímeros placeres,
sentábanse con ellos
sobre la espesa hierba de calmos miradores
juntando en armonías, bebiendo el rojo vino
o narrando proezas amatorias.

*Desatento al Jardín de las Hespérides,
deteníase el sol sobre las cumbres
por ver tanto alabastro de ninfas en la danza,
tantas colchas de rosas y jazmines
para el triunfo de amor,
tanto alegre ceñirse los cielos con la tierra.*

*Coronado de brisas y gaviotas,
rumoroso de gestas,
trenzaba el mar abajo, entre palmeras,
su cabello violeta y sus guirnalda nupciales.*

FERNANDO DE VILLENA

ESTA REVISTA HA SIDO POSIBLE
GRACIAS A LA AYUDA DE
LA DELEGACION DE CULTURA DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CORDOBA

